

## **López Rodríguez, Mercedes. *Blancura y otras ficciones raciales en los Andes colombianos del siglo XIX*. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana Vervuert, 2019. 257 págs.**

**Vanesa Miseres**

University of Notre Dame, United States

¿Qué significaba ser blanco en el siglo XIX colombiano? Con esta pregunta que atraviesa todo el estudio de Mercedes López Rodríguez, *Blancura y otras ficciones raciales en los Andes colombianos del siglo XIX*, la autora revisa de forma sugerente tanto los discursos en torno a la raza en el contexto colombiano del mencionado período como los estudios que se han acercado a ellos hasta ahora. Para López Rodríguez, la blancura como concepto histórico y, por ende, cambiante y contradictorio, constituye un campo de tensiones políticas y culturales que la crítica literaria y los estudios antropológicos centrados en temáticas raciales, aún no han explorado completamente, privilegiando otras categorías como las de mestizo (que también tiene

para López Rodríguez una funcionalidad particular dentro de la Colombia decimonónica), u otros grupos y regiones como el de los afrodescendientes en la región tropical colombiana. En este sentido, el trabajo realiza un interesante giro: el centro de la problemática no está exclusivamente puesto en la exotización del trópico colombiano, sino que también radica en la afirmación de que los lugares de enunciación de esa mirada exótica son blancos sin más.

A partir de lo que la autora entiende como una categoría sui generis, *Blancura y otras ficciones* pone en el mapa de las lecturas sobre raza un concepto de blancura que, pese a que no discute su espacio en la cúspide de las relaciones raciales, sí se posiciona en una superioridad para



nada estable. Muy por el contrario, lo blanco se teje y se performa -como sostiene el segundo capítulo- en el medio de complejas relaciones de género, prácticas como el consumo de bienes y cultura material que afectan la percepción de blancura en un individuo. En este sentido, uno de los mayores aportes de la lectura de López Rodríguez radica en la corporalidad que adquieren las categorías raciales en el análisis. Es decir, la raza como concepto moderno que sirve (no sin matices y corrientes encontradas) a los estudios contemporáneos, en este estudio no constituye un criterio incuestionable a lo largo del siglo XIX sino que hace sus pertinentes apariciones a través de un vestido, un alimento, una forma de hablar o comportarse en particular. Estos momentos de *performance* racial son rastreados en la literatura nacional de la época, en los registros históricos y políticos de los Andes colombianos, en los textos de viajeros extranjeros y locales por el país, así como también en la cultura visual del período. López Rodríguez se propone analizar el lenguaje racializado y la retórica de la representación de las razas en este corpus con el fin de señalar contradicciones entre “los proyectos letrados que imaginaban una sociedad homogeneizada a través del mestizaje, mientras temían las consecuencias que este proceso podía tener sobre el exclusivo grupo de los descendientes de los europeos” (16).

López Rodríguez sostiene que la blancura es un concepto dinámico, que adquiere diferentes matices en relación con el sujeto de referencia: cuando se nombra a las elites bogotanas, por ejemplo, el término sugiere pureza, pero funciona de manera diferente cuando se aplica a los campesinos andinos que, mediante el consumo, vestido o costumbres, *performan* una blancura en proceso (17). Como construcción social que depende también de aspectos como la apariencia física y el parentesco, la blancura se puede ganar o perder a lo largo de la vida de un individuo (17). Esa posibilidad de que la blancura pueda ser permeada en intersecciones específicas de género y clase, entre otras, es el mayor punto de complejidad del discurso intelectual del XIX colombiano: la blancura es un objetivo civilizatorio a conseguir (a través de la mezcla de razas) pero esa misma posibilidad -la de que indígenas y afrodescendientes logren su blanqueamiento- es lo que funciona como amenaza del proyecto liberal de la elite andina, que en el fondo no deja de concebir a la diversidad racial como un obstáculo para la modernidad y la consolidación de los valores republicanos.

Los primeros dos capítulos de *Blancura y otras ficciones raciales* exploran la racialización de algunos aspectos de la vida cotidiana y la cultura material como la comida y el vestido en la literatura. El capítulo 1 se concentra en alimentos como el plátano y la construcción de la diferencia

corporal a través de atributos raciales que se construyen alrededor de los mismos. Siguiendo el trabajo de Rebecca Earle en el período de la conquista, López Rodríguez encuentra que en el siglo XIX los sujetos también exhiben la ansiedad colonial de adquirir las marcas raciales de aquellos alimentos que consume. Así desarrolla la oposición discursiva del plátano asociado a la pereza natural del sujeto del trópico frente a la civilización que encarnaba el cultivo y consumo del trigo o el consumo de productos importados como el whisky. Se analizan aquí textos de Francisco José de Caldas o el norteamericano Isaac F. Holton, Eugenio Díaz Castro, José María Vergara, Francisco Ortiz, entre otros. El capítulo muestra que las teorías raciales del siglo XIX no sólo se nutrían de discursos modernos, sino que acarrearaban con ellas elementos pre-modernos como el de la teoría de los humores que claramente subyace en el rechazo y aceptación de los alimentos.

El capítulo 2, “Blancura en el centro. Cómo se performa lo europeo en los Andes colombianos” atiende a la representación de la vida social en la naciente literatura nacional. *Manuela, novela bogotana* (1858) de Eugenio Díaz Castro o el periódico *El neogranadino* de Manuel Ancízar, entre otros textos, expresan su particular modo entender las diferencias raciales en el contexto nacional, que como en todos los capítulos de este estudio, se identifican en comida, vestido y costumbres. La circulación, consumo de libros, y la lectura, tienen un espacio privilegiado, sobre todo en sus formas de representación en la prensa.

El tercer capítulo, en mi opinión el más contundente en sus conclusiones, revisa la idea de mestizaje como ideal de unificación nacional. Para López Rodríguez, como se anticipó, la mezcla de razas es vista entre los intelectuales andinos como una transición necesaria —aunque no exactamente deseada— para lograr un estadio de blanqueamiento que, aunque tampoco sea el deseado, es el único posible en el contexto local. De esta manera, escritores como José María Samper o Manuel Ancízar se relacionan de manera transversal con las teorías raciales de la “degeneración de las razas” como la de Arthur de Gobineau (146) ya que para ellos el mestizo no es una marca de degradación social, sino que es visto como un “blanco en proceso” (144). El capítulo aborda también el rol del género en las uniones interraciales (175), que luego serán analizadas en mayor detalle en el último capítulo, centrado en una serie de ficciones que tienen como protagonista a hombres mulatos que logran su blanqueamiento a partir de la unión con mujeres blancas: *Mercedes* de Soledad Acosta, “Federico y Cintia” de Eugenio Díaz Castro y *Florencio Conde* de José María Samper. Un aspecto al que López Rodríguez llama nuestra atención es que mientras los autores masculinos relegan el lugar de la mujer al de un objeto de

intercambio, Soledad Acosta, en cambio, desarrolla en profundidad la psicología de la mujer. El capítulo concluye con una relectura de *María* de Jorge Isaacs y el episodio de Efraín con Salomé, sosteniendo que la superioridad de Efraín como ciudadano se narra en su resistencia a la tentación de un cuerpo mulato (216). López Rodríguez lee este cuadro como una muestra de que, aunque el mestizaje era un discurso aceptado entre autores liberales, era sin embargo un terreno “resbaloso”. Cabría preguntarse entonces, ¿qué es lo que señalan esas otras narrativas en donde no sucede la mezcla? ¿Es el fracaso de un proyecto endogámico de nación? ¿Es la incapacidad de pensar pluralmente a la nación?

El epílogo realiza un giro hacia la figura del “indio que desaparece de los Andes” y analiza algunas ficciones que concluyen con la muerte del personaje indígena junto con las acuarelas de Camelo Fernández para la expedición científica de la Comisión Corográfica, impulsada por el gobierno de la Nueva Granada en 1850 y encabezado por el ingeniero militar italiano Agustín Codazzi. Para López Rodríguez, el indio en una presencia imposible de borrar pese a los diferentes proyectos de blanqueamiento y formas de conseguir la blancura en el contexto colombiano, inclusive de tiempos presentes. Es interesante por eso que un libro sobre la blancura culmine con una reflexión sobre lo indígena: sugiere una forma de darle visibilidad a lo que el discurso y la insistencia por lo blanco quieren borrar. También insinúa que la blancura no es un concepto separado ni “superador” de todas las subjetividades e identidades que componen el cuerpo nacional. Muy por el contrario, el trabajo de López Rodríguez —fundamental para quienes deseen acercarse a temáticas raciales en los Andes— sostiene que en la Colombia del siglo XIX y podemos también afirmar que, en toda Latinoamérica de modos particulares en cada región, la blancura es “de todos los colores”, como lo indica uno de los subtítulos de este trabajo.